

*Hotel Veramar*

Dolores Soler-Espiauba

# Ladrón de guante negro

difusión



# Capítulo 1

La carretera es estrecha y sinuosa y el *Dos caballos*<sup>1</sup> avanza penosamente, frenando en las curvas, aumentando la velocidad en las rectas. El sol se está poniendo y la luz es más suave, menos violenta que hace unas horas. El coche atraviesa sierras desiertas y llega a un grupo de casas con un bar y una gasolinera.

—¿Preguntamos aquí? —dice Gabriel.

—Vale —Contesta Cari<sup>2</sup>.

Dentro del bar hay una mujer lavando vasos. Saludan:

—Por favor, el hotel Veramar, ¿está cerca?

—Veramar, Veramar... ¡Antonio! ¿Conoces el hotel Veramar?

Sale Antonio de la cocina:

—Sí, mujer, el Veramar es el que está pasando el pueblo, después del parador, al borde de la carretera...

—No está lejos.

—¿Y cuántos kilómetros faltan para el pueblo?

—¿Para el pueblo? Unos tres kilómetros. No llega a tres... —les acompaña a la puerta—. Siguen todo recto por la general<sup>3</sup> y después toman la desviación a la derecha.

—Muchas gracias señor. ¿Nos tomamos unos vinos antes de continuar?

—Yo prefiero una cerveza, Gabriel, tengo mucha sed...

—Bueno, pues una caña de cerveza y un vaso de vino.

—¿Tinto? —pregunta el hombre.

—Me da igual. El de la tierra, si es bueno.

—Bueno, no, buenísimo. Jumilla<sup>4</sup> de catorce grados...

—Me parece que el volante lo cojo yo ahora —se ríe Cari mientras bebe su inofensiva cerveza.<sup>5</sup>

Gabriel la mira. Está un poco triste porque tienen que despedirse y de pronto se da cuenta de que la quiere mucho. Además, tiene que marcharse a la mili<sup>6</sup> y no le apetece nada. El verano está ya aquí con sus playas, su música, sus largas noches... y él tiene que ponerse un uniforme y encerrarse en un cuartel.

—¿Nos vamos? —pregunta Cari mirando el reloj preocupada—. Ya son las ocho.

Gabriel le da las llaves del coche y se despiden de Antonio y su

mujer:

–Adiós y gracias.

–Adiós y buen viaje.

La televisión cuenta en voz alta historias que nadie escucha. Casi siempre hay un televisor funcionando en los bares de los pueblos de España.

Fuera es aún de día y cantan los grillos.

–El canto de los grillos es la música del verano –dice Cari mientras mete la llave en el contacto.

–Prefiero rock duro –y ahora es Gabriel el que se ríe.

Recorren dos kilómetros y medio y, de repente, en una curva, Cari da un grito de admiración:

–¡Mira, qué maravilla!

–¡Qué bonito! Seguro que es Mojácar.

La pequeña ciudad de Mojácar se ofrece a sus ojos en lo alto de una colina. Las pequeñas casitas blancas, de estilo árabe, suben por ella y en la cima están el castillo y la iglesia.

Para el motor y contemplan en silencio el espectáculo. A lo lejos se encienden las primeras luces.

La fachada del hotel es totalmente blanca y en torno a la puerta de entrada crece una buganvilla morada. El contraste es violento y bonito en la luz de la tarde.

–La primera impresión es buena –comenta Cari.

Gabriel le ayuda a bajar la maleta y la pesada bolsa de viaje.

–¡Cuánto pesa! ¿Qué llevas aquí dentro? ¿Piedras?

–¡Qué va! Todo es indispensable. ¿Me oyes? In-dis-pen-sa-ble.

–Claro: cantidades de vestidos, bañadores, bikinis, toallas de playa, blusas, pantalones, minifaldas, cremas para el sol... Si te conozco yo a ti –dice Gabriel con ironía.

–Oye, oye, que yo aquí vengo a trabajar y no a ligar<sup>7</sup>, ¿eh?

Gabriel la mira incrédulo y comprende que es el momento de despedirse:

–Te dejo aquí, prefiero no entrar. ¿Me llamas mañana?

–Si puedo, te llamo. Sin falta. Pero espero verte algún fin de semana, Gabriel. ¿Me prometes venir?

Gabriel la abraza tiernamente. Pone el motor en marcha. Coloca el intermitente. Arranca.

—¡Cuidate! —le grita Cari, un poco emocionada.

El *Dos caballos* da media vuelta y se dirige hacia el norte, bordeando el mar.

Cari suspira y entra en el hotel.

El hombre de pelo gris de la recepción la mira curioso:

—Buenas tardes. ¿Qué desea?

—Soy Caridad Lozano, la nueva recepcionista. Bueno Cari para los amigos...

—Hola, Caridad. La estaba esperando. Soy José Roig, el dueño del hotel.

—Mucho gusto. Puede llamarme Cari.

Sonríe. Cari sabe que tiene una sonrisa bonita y que su sonrisa le ayuda en los momentos difíciles. El hombre se levanta y le tiende la mano.

—¿Qué tal, Cari?... ¿No está muy cansada?

—No. Vengo de Cartagena y no está lejos. Además la carretera es tan bonita...

—Sí, pero peligrosa. ¿Dónde está su equipaje?

Cari le enseña sus cosas:

—Aquí.

El hombre la mira de pies a cabeza y saca unos papeles del cajón de la mesa. Los consulta. Cari se encuentra incómoda. Ahora no puede sonreír...

—Es usted muy joven...

—Veintitrés años... Está ahí, en mi currículo —añade un poco molesta, señalando los papeles.

—Sí, claro, claro. Habla inglés y francés, ¿verdad?

—Bueno, me defiendo...

—Escribe a máquina, sabe llevar la contabilidad... El teléfono también es esencial en este tipo de trabajo, pero eso no es complicado. Lo importante es ser eficaz, ser amable con la clientela, tener mucha paciencia, dominar los nervios, sonreír...

Cari sonríe, espontáneamente. Don José también. Es contagioso. Parece más joven cuando sonríe. Debe de tener aproximadamente cincuenta y cinco años. Tiene unos bellos ojos azules de miope que están ocultos por unas gafas sin montura. Es alto, delgado, muy moreno de piel. Está bien conservado, debe de hacer deporte, se le nota en los

músculos de los brazos y de la espalda. Lleva un pantalón gris y un polo azul marino, zapatos de lona y calcetines blancos. Su aspecto es agradable, pero a Cari no le gustan ni su mirada ni los silencios que deja entre las frases.

—Su horario de trabajo es de nueve a dos y de cinco a ocho. A mediodía tiene tres horas para comer y descansar y, después de las ocho, está libre hasta el día siguiente. A partir de las ocho, Paco controla la puerta y yo me ocupo del teléfono. Los domingos tiene todo el día libre, pero no los sábados, que son días de mucho trabajo. ¡Paco! —llama por fin.

Aparece un hombre moreno, bajo, con bigote, un poco grueso y de aspecto simpático.

—Le presento a Paco. Paco es el vigilante nocturno, jardinero, encargado de la piscina, en fin, muchas cosas. Paco, esta es Cari, la nueva recepcionista. No le importa que la llame Cari, ¿verdad?

—Claro que no, no faltaba más —responde Cari sonrojándose.

Paco le tiende la mano, sonriente:

—Encantado, Cari. Me alegro de conocerte.

A Cari también le gusta tutear<sup>8</sup>. Le cae bien este Paco.

—Ven, tu cuarto está en el segundo piso.

Paco coge las maletas y Cari lo sigue:

—Hasta luego, don José.

—Hasta luego, y ya sabe, mañana a las nueve, en la recepción.

—Sin falta.

Las habitaciones del personal del hotel están en el segundo y último piso, al que se accede por una escalera de caracol. La de Cari es pequeña, pero muy acogedora. La cama tiene una bonita colcha de jarapa<sup>9</sup> azul vivo, hay cuadros de flores en las paredes, un armario empotrado, una silla, un sillón y una mesa en la que alguien ha colocado un jarrón con un ramo de rosas. Al fondo hay una puerta que da a un pequeño aseo, con ducha.

—Me gusta —declara Cari.

—¿Abro la ventana? Huele un poco a cerrado.

—Sí, sí. Además, hace calor.

Se asoma a la ventana y ve a sus pies la playa de Mojácar y el Mediterráneo: gris a esta hora, tranquilo, inmenso.

–¿Qué te parece?

–Una maravilla. El trabajo no empieza mal, pero...

–¿El patrón quieres decir? No es mala persona. Solo un poco raro. Es muy silencioso, muy callado... a veces parece que está triste, pero no es mal patrón. Hay que conocerlo.

–¿Hace mucho que trabajas con él?

–Desde que tiene el hotel, hace cinco años. Yo soy de Mojácar y me viene muy bien trabajar aquí de junio a septiembre. El resto del año tengo otro trabajo en el pueblo.

–¿Hay otros empleados en el hotel?

–Sí, claro. Rocío y Ángela, las chicas de la limpieza, llevan cinco años trabajando aquí también. Luego está Mari Carmen, que sirve en el comedor, y este año esperamos un nuevo cocinero, un vasco. Creo que llega mañana.

–¿Un vasco? ¡Qué exótico! Un vasco en esta zona.

–Ya ves, un capricho del patrón. Bueno, te dejo. Si necesitas algo, me llamas, ¿vale?

–Vale. Las flores las has puesto tú, ¿verdad?

–Claro. ¿Soy el jardinero o no lo soy? Bueno que descanses. Buenas noches. Mañana empezamos a trabajar en serio: llegan los primeros clientes.

–Buenas noches, Paco, y gracias por todo.

Cari se queda sola en la habitación. Se asoma a la ventana. Es casi de noche. Piensa en Gabriel, que se aleja con su Dos caballos por las peligrosas carreteras. Piensa en su madre, en Cartagena, que seguramente está preparando la cena a estas horas; en sus amigos, escuchando música y paseando por las calles de su ciudad. Es duro trabajar, pero es mejor no pensar en ello. Decide abrir la maleta, ordenar sus cosas y acostarse. Mañana será otro día.

## Capítulo 2

Hace una espléndida mañana de junio. El cielo está totalmente despejado, sin una nube, y el mar está azul e inmóvil. Hay poca gente en la playa, porque la temporada alta aún no ha empezado, pero algunos turistas ingleses, casi todos mayores, se pasean por la orilla: algunos con sus perros, otros solos y otros en parejas. En Mojácar viven todo el año muchos extranjeros, británicos en su mayoría, que, cuando se jubilan, se instalan en España y disfrutan del agradable clima de la región. También se ven algunos grupos dispersos, pero aún es muy temprano y los españoles suelen ir a la playa más tarde.

Cari se ha puesto una blusa blanca impecable y una falda azul oscuro muy formal. Es su “uniforme” de recepcionista. Lleva también unos zapatos de medio tacón y, para alegrar un poco el conjunto, se ha puesto unas pulseras de colores. Mira con nostalgia la playa y piensa: “Qué pena no poder tomar el sol. Qué blanca estoy...” Pero comprende que no ha venido aquí de vacaciones y se resigna.

Cari es morena y muy expresiva. Tiene unos inmensos ojos negros, con largas pestañas y una nariz pequeña y graciosa. Sus dientes son blancos y muy bonitos y, cuando sonríe, se le ilumina la cara. Tiene el pelo rizado y lo lleva muy corto, porque es más cómodo en verano. Es delgada y menuda. Este es su grave problema, porque Cari se encuentra ridículamente baja, bajísima. Pero sabe que contra la naturaleza no se puede luchar y se ha resignado también.

Ha desayunado con Paco y ha conocido a Ángela y Rocío, las dos chicas de la limpieza. Son andaluzas. Rocío es muy joven, debe de tener veinte años, y Ángela es diez años mayor que ella, está casada y tiene tres hijos. Han hablado del trabajo, de los horarios, de don José, de los clientes y sus manías... y después se han ido a continuar la tarea, que no es fácil. Cada una de ellas debe limpiar diez habitaciones, además del comedor, el salón, la recepción y las terrazas. El sueldo no es nada del otro mundo<sup>10</sup>, pero en estos tiempos no hay que ser exigente, pues lo que falta es trabajo y hay mucha gente en el paro<sup>11</sup>. En la costa, el turismo resuelve un poco el problema durante el verano.

Son las nueve en punto y Cari se instala en la recepción. Don José le explica el manejo del teléfono, le enseña el libro de reservas y las habitaciones que ya están reservadas para los próximos días, le habla de

precios, de las características de las habitaciones, de la pensión completa, de la media pensión... En fin, la pone al corriente de su trabajo.

—¿Está todo claro?

Otra vez la mirada inquisidora detrás de las gafas.

—Sí, sí... Perfectamente claro.

Le explica después el sistema para abrir la caja fuerte y para controlar las tarjetas de crédito. En ese momento suena el teléfono. Cari descuelga:

—Hotel Veramar, dígame.

—Buenos días. Deseo reservar una habitación individual desde el tres al ocho de julio.

—A ver un momento... No hay ningún problema. ¿La desea con baño o con ducha, con vistas al mar o al jardín?

—Depende del precio...

—Las que dan a la playa tiene todas cuarto de baño completo y cuestan seis mil pesetas diarias hasta el primero de julio, después es más caro. Las que dan al jardín tienen cuarto de aseo con ducha y cuestan cinco mil.

—Vale. Resérveme una con baño a nombre de Salzburger, Marek Salzburger...

A Cari le entran sudores fríos, porque no ha entendido cómo se llama.

¿Puede deletrear el apellido, por favor?

—SALZBURGER... Ese, a, ele, zeta, be, u, ere, ge, e, ere.

Ahora sí lo ha cogido todo: Salzburger. “¿Por qué los extranjeros no pueden llamarse Pérez o Rodríguez, como todo el mundo?”, piensa.

—De acuerdo, señor Salzburger, queda reservada para el día tres.

—Adiós y gracias.

¡Su primera reserva! Apenas ha anotado en el libro las fechas y el tipo de habitación, suena otra vez el teléfono. “¡Empezamos bien!”, piensa, asustada.

—¿Hotel Veramar? Soy doña Rosa, ¿se acuerda?

Cari no sabe qué decir.

—Buenos días, doña Rosa. ¿Qué desea?

—Pero ¿quién está al aparato? ¿No me conoce? Soy doña Rosa, doña Rosa Azcárate... ¿No está don José? Señorita, llame a don José inmediatamente.

“¿Qué señora más autoritaria!”, piensa Cari, nerviosa.



–Don José está ocupado... ¿Puedo ayudarla en algo?

–Ocupado, ocupado –gruñe la señora–. ¿Y usted quién es?

–Soy la recepcionista –contesta Cari muy digna.

–Bueno, pues le dice a don José de mi parte que, como todos los años, pienso pasar la última semana de junio en el hotel, con toda mi familia, como siempre, mis hijas, mis yernos, mis nietos... Don José ya sabe; todo como siempre.

–¿Podría, por favor, decirme cuántas habitaciones desea y de qué tipo?

–Ya le he dicho que don José ya lo sabe. No parece usted muy enterada, señorita. Se nota que es nueva...

Cari tiene ganas de contestarle que es una mal educada y que ella no tiene por qué aguantar impertinencias, pero se calla porque, como se suele decir, el cliente siempre tiene razón. Así que le dice muy secamente:

–Esta bien. Le pasaré su recado a don José. ¿Qué día llegarán?

–¿No le he dicho que la última semana de junio? Pues el veintiuno, hijita, el veintiuno... El sábado veintiuno de junio sobre las ocho. Saldremos de Madrid por la mañana... Las carreteras están mal los sábados... Bueno, señorita, dele recuerdos a don José.

–Se los daré sin falta, señora. Buenos días.

“¡Qué pesada!”, murmura mientras cuelga. Va a buscar a don José, que esta al borde de la piscina, con Paco, que la está limpiando.

–Don José, ha llamado doña Rosa Azcárate, dice que usted ya sabe, que es para toda la familia, a finales de junio.

–Ah, sí, doña Rosa. Es nuestra clienta más fiel. La viuda de un ministro de Franco<sup>12</sup>, un poco pesada, pero muy buena persona. Apunte en el libro cuatro habitaciones con baño y media pensión. Todos los años invita a toda la familia a pasar aquí una semanita... Se gasta una buena pasta<sup>13</sup>, la pobre. La familia es todo para ella.

Antes de volver a la recepción, Cari admira el cuidado jardín de Paco: geranios, jazmines, buganvillas, palmeras enanas y otras plantas mediterráneas crecen junto a las blancas tapias que lo rodean, y, entre estas y la piscina, hay macizos de rosas, margaritas y pensamientos. La piscina está en el centro del jardín y le dan sombra algunos pinos frondosos. Paco ha regado el césped y las flores y, a pesar del sol que

calienta cada vez más, se respira un aire fresco y agradable. Paco mira hacia unos macizos de margaritas, que se agitan.

–¿No han oído ustedes? Parece que hay un animal ahí dentro...

–Debe de ser el viento –contesta don José.

Suena el teléfono y Cari se precipita hacia él. ¿Qué va a pensar don José si sigue toda la mañana mano sobre mano<sup>14</sup>?

Otra reserva de Madrid. El cuaderno se llena poco a poco. Cari organiza el *planning* de habitaciones y clientes. “Necesitamos un ordenador”, piensa. Ha estudiado un poco de informática y sabe que se podría ahorrar mucho tiempo. Absorta en su trabajo, no se da cuenta de que Paco está delante de ella, muy sonriente, con algo negro y tembloroso en sus brazos.

–¡Huy! ¡Un gatito!

Efectivamente, es un gatito recién nacido, negro, suave, minúsculo, con un rabito puntiagudo y unos inmensos ojos verdes.

–¿Tenía yo razón o no? Estaba entre las margaritas. Y no tiene más de dos semanas.

Cari se enternece, siempre le han gustado los gatos y sobre todo, los gatos negros. Hay quien dice que traen mala suerte, pero Cari, aunque es supersticiosa, no cree en ello .

–Déjame cogerlo, Paco... Qué gracioso es, qué bigotes más largos y qué ojos más bonitos... Hay que encontrarle un nombre, ¿no te parece?

–Creo que lo más urgente es encontrarle un platito de leche. El pobre se está muriendo de hambre.

En ese momento llama alguien para anular una reserva de junio y cambiarla para agosto, pero en agosto el hotel está completo, es el peor mes. Cari pone al cliente en la lista de espera, rogándole que llame otra vez dentro de una semana.

Cuelga el teléfono y pone el gatito delante del plato de leche que ha traído Paco de la cocina. El animal se abalanza sobre él y lame hasta la última gota, relamiéndose después, cómicamente, los bigotes.

–Creo que vamos a necesitar grandes reservas de leche –dice Paco riéndose.

El gatito se instala en un rincón de la estera de esparto<sup>15</sup> que cubre parte de la recepción y se duerme inmediatamente. Paco vuelve a su jardín y la puerta de cristales se abre, dejando paso a dos señoras con un

minúsculo perro en brazos. Dejan la maleta cerca de la entrada y se dirigen a Cari en francés:

–Desearíamos una habitación doble con baño, por favor.

Cari se concentra para comprender y sobre todo para contestar correctamente.

–Tenemos una libre, pero no se admiten perros en las habitaciones. Si no les importa, el perro puede dormir en el garaje.

–¿En el garaje mi Pupuce? ¡Jamás! –se indigna la señora que lo lleva en brazos. Pupuce levanta la cabeza muy digna al oír que hablan de ella, y sacude los pelos que le tapan los ojos. Lleva un lacito rojo muy coqueto en la cabeza. Cari se está poniendo nerviosa: “¡Qué difícil es explicar estas cosas en francés, Dios mío!”

–Mire, señora, hay una pegatina<sup>16</sup> en la puerta –(¿cómo diablos se dice “pegatina” en francés?)– en la que pone que no se admiten perros. Son normas internacionales de higiene, compéndalo.

–Pero si mi Pupuce es el perro más limpio del mundo, ¿verdad, Antoinette?

Antoinette asiente muy seria:

–Hombre, claro. El más limpio y el más inteligente...

–De verdad que lo siento mucho, pero es el reglamento –se excusa Cari–. Puedo hacer una cosa: buscarle en la guía un hotel donde admitan perros, alguno debe de haber, aunque haya pocos.

Cari busca la guía entre las publicaciones turísticas y, justo en ese instante, Antoinette grita, señalando con un dedo hacia un punto del vestíbulo.

–¿Y “eso”?

“Eso” es el pobre gatito negro, que duerme plácidamente en un rincón.

–Pero, señora, ese gato no duerme en las habitaciones de los clientes, no es lo mismo.

–¡Pero bueno, esto es el colmo! Rechazan a mi Pupuce y hay gatos asquerosos durmiendo por el suelo. Vámonos ahora mismo, Antoinette. Señorita, escribiremos a la Oficina de Turismo quejándonos. Esto es inadmisibile. ¡Adiós!

Con el ruido, el gatito negro maúlla, asustado: el perrito enano ladra furioso y Cari, con un gran esfuerzo de voluntad, recuerda las consignas del jefe: mucha paciencia, dominar los nervios, etc.

—¡Qué cruz<sup>17</sup>, Señor, qué cruz! —murmura.

La puerta se cierra estrepitosamente y Cari se pone a ordenar guías y papeles, intentando recuperar el buen humor.

Y es entonces cuando, como una aparición de otro planeta, de otra galaxia: alto, esbelto, rubio, tostado por el sol, vestido de cuero, con un impresionante casco bajo el brazo, lo descubre, apenas a un par de metros delante de ella.

—Soy Eneko. Eneko Zubazagoitia.

Cari jamás ha oído un nombre más maravilloso.

Balbucea tontamente:

—Soy Cari... —y se pone colorada como un tomate al darse cuenta de que una recepcionista no debe dar su nombre— ¿Desea una habitación?

El joven se ríe:

—¡Pero si soy el nuevo cocinero!

Cari casi se desmaya. Menos mal que está sentada. Parece tonta, decididamente tonta, y el cocinero se está burlando de ella. Coge el teléfono para llamar al director, se equivoca de línea y no contesta. Se levanta, se le caen al suelo los papeles y por último, al dirigirse al jardín para buscar a don José, pisa al gatito, que maúlla de dolor:

—Don José, don José, es el nuevo cocinero. ¡Deprisa!

Don José la mira, extrañado de tanta agitación:

—Vaya, hombre, por fin vamos a poder comer decentemente.

Entra en el salón y estrecha la mano que le tiende Eneko:

—¡Hola! ¿Qué tal el viaje?

—Largo, larguísimo. Pero lo que pasa es que cuando voy en moto no se me hace pesado.

—¿Ha venido en moto desde el País Vasco<sup>18</sup>?

Se la enseña, orgulloso, con un gesto de la mano: fuerte, potente, nerviosa, como un caballo de raza, está parada delante de la entrada del hotel. Cari la contempla alucinada. Una Yamaha de ensueño.

—¡Qué calor hace en esta tierra! —se queja Eneko.

—Pues suba a ducharse y a ponerse cómodo primero, y después hablaremos. Cari, ¿podría enseñarle a Eneko su habitación, por favor? Es la de enfrente de la suya, junto al ropero. ¿Sabe cuál le digo? Le espero en mi despacho dentro de una hora. El restaurante tiene que empezar a funcionar mañana y tenemos que ir temprano al mercado

central para llenar la camioneta.

–Vale. Dentro de una hora estoy aquí.

Coge la mochila que trae consigo y sube las escaleras detrás de Cari, que se vuelve a encontrar ridículamente baja, casi enana, a su lado.

–¡Dios mío, qué cruz! Por lo menos mide un metro noventa –piensa suspirando.

Eneko la observa de reojo<sup>19</sup>.

–¿Hace mucho tiempo que trabajas aquí?

–Qué va. Empecé ayer. Soy nueva también.

–¿Y qué tal el patrón? Un poco estirado, ¿no?

–No sé... todavía es pronto. Un poco raro sí parece.

–¿De dónde eres?

–De Cartagena. Supongo que sabes dónde está.

–Sí, claro. He pasado por allí esta mañana. Por cierto, que hacía un calor...

–Lo normal en esta época, ¿no? Y tú, ¿de dónde eres?

–Seguro que tú no sabes dónde está: de Fuenterrabía.

–Claro que lo sé. Eso está justo en la frontera francesa, ¿a que sí?

–Eso es. A media hora de Donosti.

–¿Donosti? Eso sí que no sé dónde está.

–Sí, mujer: San Sebastián; Donosti es en euskera.

–Huy, huy... ya empezamos... Vosotros, los vascos... siempre igual.

–¿Qué pasa con los vascos? –pregunta Eneko entre bromista y desconfiado<sup>20</sup>.

Menos mal que ya han llegado al segundo piso. Cari abre la puerta y le enseña una habitación idéntica a la suya, pero que da al jardín. Cari piensa que don José la ha tratado bien, mejor que a Eneko. Y, además, aquí no hay rosas encima de la mesa...

–Es una pena que desde esta habitación no se vea el mar –le dice Cari.

–No importa. Si quieres que te sea sincero, a mí el Mediterráneo no me gusta. No es un mar de verdad. El Cantábrico es otra cosa: ¡eso es un mar!

A Cari le molesta el tono. Para ella el Mediterráneo es muy importante, y además, es también la cuna de toda una cultura, de su

cultura.

–Bueno, te dejo, que tengo trabajo –se despide secamente.

–Gracias por todo, ¿eh?

Y la puerta se cierra. Mientras baja las escaleras, Cari se siente como flotando: “¿Qué me pasa? ¿Van a ser todos los días así?”



## Capítulo 3

Han pasado varios días. El hotel se está llenando poco a poco de clientes, turistas nacionales y extranjeros, que vienen a disfrutar del sol de la costa y de la clemente temperatura del Mediterráneo. La piscina está llena, los primeros clientes se han instalado en sus habitaciones, se ha inaugurado el restaurante y el gatito negro ha sido bautizado con el nombre de Regaliz<sup>21</sup> debido naturalmente, a su color.

Cari no ha podido ir a la playa ni un solo día, porque en sus horas libres está demasiado cansada y en estos primeros días ha tenido que ocuparse de demasiadas cosas. Pero hoy es domingo y se ha despertado contenta y descansada, a pesar de que anoche estuvo en Mojácar con Paco y su mujer y se acostó tardísimo.

Fueron a cenar a un restaurante muy popular y simpático, de un cuñado de Paco, precisamente. El restaurante se llamaba Los Candiles, y estaba en el mirador del castillo. Cari pudo admirar desde allí la puesta de sol y la vista maravillosa que se disfruta desde la parte alta de Mojácar. Bebieron un vino delicioso, pero traicionero. Comieron *pescado* frito<sup>22</sup> algo muy típico de toda Andalucía y un gazpacho<sup>23</sup> refrescante y fuertecito. Después se pasearon por el pueblo y Cari los invitó a tomar un helado.

Era la primera vez que Cari iba a Mojácar y le gusto muchísimo, con sus calles estrechas, sinuosas y empinadas. En Mojácar siempre hay que subir o bajar, no hay nada horizontal. Las casas son blanquísimas y sus ventanas tienen rejas por donde trepan flores, también hay macetas colgadas en las paredes de las casas y sus flores contrastan con el blanco de la cal. Como es un pueblo muy turístico, hay muchos bares, restaurantes y discotecas, y todos están siempre llenos de gente. En uno de los bares, Paco y su mujer, que se llama Encarna, le presentaron a un grupo de amigos muy simpáticos, algunos de su edad, que quedaron con ella para ir juntos a la playa.

Hoy, el día ha empezado bien. Desde la cama, Cari oye el ruido de las olas en la playa, porque hace un poco de viento, Levante seguramente, pero hace un día espléndido y Cari, por fin, va a poder ponerse morena. Sus cremas solares esperan pacientemente junto al traje de baño, el bikini, la toalla de playa, las gafas de sol y la cesta donde piensa meterlo todo al bajar a la playa.



En ese momento oye, muy cerca, un ruido muy diferente del de las olas. “¿Pero cómo es posible?”, se pregunta Cari al ver que Regaliz se ha infiltrado clandestinamente en su cuarto y ha pasado la noche, tan feliz, acostado junto a ella, en la cama. “Seguramente entró anoche, en un momento de descuido. La culpa la tuvo el vino de Mojácar”. Cari mira muy seria a Regaliz:

—¿A ti te parece serio esto? —le dice sin esperar respuesta.

Pero a Regaliz no parece preocuparle el qué dirán<sup>24</sup>. Se dedica a su higiene matinal, lamiéndose las patas concienzudamente. Cari piensa en la pobre señora del perrito y en los principios de higiene que defendió tan rotundamente aquel día.

Por fin se levanta y, tras una larga mirada a la playa, que aún está vacía, se ducha, se lava la cabeza, se lava los dientes, se seca el pelo, se pone crema hidratante para protegerse del sol, se pone el bañador y, por encima, un traje de playa muy ligero y de colores vivos. Se mira en el espejo: “No estoy demasiado mal, ¿verdad, Regaliz?” Pero al volver a mirarse en el espejo del armario, se pone seria:

—Me faltan por lo menos veinte centímetros para estar como me gustaría... ¡Qué cruz!

En el mismo instante, un motor estridente arranca debajo de su ventana y Cari llega justo a tiempo de ver a Eneko, vestido de cuero negro, como un centauro rubio en su Yamaha, que se aleja.

En el comedor hay algunos clientes desayunando. Cari se instala discretamente en un rincón. Hoy es su día libre, no es la recepcionista, es simplemente Cari. Deja su bolso encima de la silla y va a buscar a la cocina un zumo de naranja, que prepara ella misma, exprimiendo dos naranjas en un exprimidor eléctrico y se sirve café de una gran cafetera eléctrica que está permanentemente enchufada. Coge un panecillo, una porción de mantequilla y dos raciones de mermelada: una de naranja, que es su preferida, y otra de albaricoque. También las hay de fresa, de ciruela y de mora, pero las deja para mañana, y también la miel. Coge también un yogur en el gran frigorífico. Hoy es domingo.

Mientras devora, piensa: “Voy a engordar”. Pero no le importa. La salida de anoche la ha puesto de buen humor. Termina su desayuno, recoge la taza, vaso, plato, cucharilla y cuchillo en una gran bandeja y lo deja todo en la cocina. Con la cesta de playa colgada al hombro, pasa por la recepción, donde don José hojea el periódico.

–Buenos días.

–Qué madrugadora, Cari.

–A quien madruga, Dios le ayuda<sup>25</sup> –contesta sonriente Cari.

–¡Hasta luego!

–¡Hasta luego! –y desaparece detrás de su periódico.

En la puerta se encuentra con el señor Salzburger, que vuelve de su paseo matinal. Es un hombre realmente extraño: altísimo, casi gigantesco y completamente calvo. Muy a menudo lleva gafas negras, porque no soporta la luz de España, según dice, y siempre lleva un montón de libros y de notas bajo el brazo. Le ha contado a Cari que está escribiendo una biografía de Juan Goytisolo<sup>26</sup>, el novelista español, y que ha venido a seguir sus pasos en Níjar, un pueblecito del interior, sobre el que Goytisolo escribió un libro en 1959. A Cari le parece un hombre interesante, culto y correcto, pero su mirada, sobre todo detrás de las gafas, le produce cierto malestar.

–Buenos días, señorita.

A Cari le sorprende que algunos extranjeros, además de pasarse la vida dando las gracias y pidiendo perdón, llamen señor, señora y señorita a todo el mundo. Le parece bonito, aunque muy ceremonioso.

–Hola, buenos días. ¿Qué? ¿Paseando?

–Sí. Paseando y leyendo. He estado leyendo en la playa. ¡Qué hermoso día!

Cari también admira los adjetivos del señor Salzburger. Qué bonito decir “hermoso día”. Habla como un libro abierto.

–Huy, sí. Hace un día... qué día. Me voy a la playa a aprovechar el sol.

–Pues aproveche, aproveche. No la entretengo más.

Le hace una complicada reverencia y, devorándola con los ojos, la mira alejarse hacia la playa.

Los amigos de Cari todavía no han llegado. Son las diez y media nada más, y los españoles suelen ir más tarde a la playa; sin embargo, hay ya muchos turistas extranjeros debajo de sus toldos y sombrillas. En general vienen de países donde el sol no es muy generoso y quieren aprovechar al máximo su estancia en España. Hay parejas tumbadas en la arena, padres con niños pequeños que juegan con cubos y palas, yendo y viniendo del agua al toldo, algunos grupos de jóvenes, uno de

ellos con un transistor en el que se oye música moderna... Cari escoge un sitio un poco tranquilo y solitario, cerca de unas rocas, aunque sabe que, como es domingo, la playa se va a llenar y a las doce o la una estará como el metro a las horas punta. Suspira: “Problemas de la civilización de masas...” Se sienta en la toalla y empieza a ponerse por todo el cuerpo una eficaz crema para el sol: la vendedora le garantizó un resultado perfecto cuando la compró hace unas semanas. Lo importante es no quemarse mucho.

El sol no calienta todavía demasiado y Cari se tumba boca abajo. Saca de la bolsa el periódico que ha cogido al pasar por la recepción y que le ayudará a pasar el tiempo mientras espera a sus amigos.

*El País*<sup>27</sup> es un diario que a Cari le gusta mucho leer, pues es serio y tiene muy buenas colaboraciones. Los domingos, los periódicos españoles tienen más páginas, con mucha información cultural y de espectáculos y, además, publican un suplemento con juegos, dibujos, moda, artículos de escritores conocidos ¡y el horóscopo! Cari es una fanática del horóscopo, lo cree a pies juntillas<sup>28</sup>, no puede empezar la semana sin consultar antes a los astros. Abre el suplemento en la página correspondiente y busca su signo: Virgo. Es un signo que va de finales de agosto a finales de septiembre: “...situaciones difíciles que hasta pueden implicar cierto peligro. Necesitará mucha serenidad. Alguien que está lejos se interesará por usted. Deje pasar unos días y verá cómo sus asuntos se solucionan por sí mismos. Salud, perfecta. Podrá vivir sentimientos profundos con alguien recién aparecido en su vida. Relaciones ideales con los Capricornio...”

Cari se queda pensativa: “Peligro... una persona que está lejos, otra que casi no conoce... ¿Qué puede significar todo esto?” Además, no conoce a ningún Capricornio. En ese momento oye unas voces que se acercan.

—¡Ahí está Cari!

—¿Qué hay, Cari?

—De maravilla... Por cierto, ¿alguno de vosotros es Capricornio?

Se miran extrañados:

—Yo, no.

—Ni yo, tampoco.

—Yo soy Libra...

–Y yo, Piscis... Pero, ¿por qué lo preguntas? ¿Qué mosca te ha picado?

–No, por nada..., por nada. No tiene importancia.

–¿No creerás en esos de los horóscopos?

–Me hace gracia leerlos –miente Cari–. Es todo.

## Capítulo 4

La semana ha empezado mal para Cari: le duele la cabeza porque anoche se acostó a las tres después de haber estado bailando en una discoteca de Mojácar; le pica la espalda, porque, naturalmente, ayer tomó demasiado sol en la playa; han llegado dos clientes a primera hora de la mañana y las habitaciones aún no estaban listas; hay un antiestético montón de maletas en la recepción, que ha puesto de mal humor a don José; una señora de Madrid ha tenido un cólico nefrítico a las cinco de la mañana y hubo que avisar al médico y, además, acaba de descubrir un mensaje que le dejaron anoche encima de su mesa. Dice: “Ha llamado Gabriel, llámalo sin falta.” Pero cuando lo ha llamado esta mañana, Gabriel ya no estaba en su casa. Se había marchado temprano al cuartel.

Y para acabarlo de arreglar, los clientes de la 103 y de la 110 le han dicho que se iban y tiene que prepararles corriendo la cuenta y comprobar la nota del teléfono y los extras: bebidas, lavandería, sellos, etc.

Cuando por fin encuentra cinco minutos para tomarse una aspirina y está contemplando plácidamente las burbujas en el vaso de agua, se para en la puerta la furgoneta del hotel, con Eneko al volante, que regresa del mercado. Es un momento que a Cari siempre le gusta, y no solo por volver a ver al guapísimo Eneko, sino por el espectáculo de color que ofrecen todas las frutas y verduras que vienen en el Renault. Ante sus ojos pasan tomates, lechugas, berenjenas, pimientos, calabacines, zanahorias, alcachofas, pepinos, coliflores, cebollas, ajos... Todo huele a sol, a huerta, a verano. Después, enormes melones, sandías, albaricoques, cerezas, melocotones, ciruelas... Pronto llegarán las uvas. A Cari se le hace la boca agu a<sup>29</sup>, porque siempre le ha gustado mucho la fruta. Saca una mano por detrás de su mesa y le roba unas cerezas al sudoroso cocinero:

—Oye, Eneko: ¿tú de qué signo del zodiaco eres? —le pregunta con falsa ingenuidad.

—¿Yo? Capricornio... Nací un veintitrés de diciembre<sup>30</sup>... Casi como el Niño Jesús.

Casi se atraganta con el hueso de la cereza y se bebe la aspirina de un trago: tose, tose y tose, ante los ojos asombrados de Eneko, que termina de descargar su furgoneta en silencio.

—¿Se puede? —pregunta Cari golpeando ligeramente la puerta del despacho.

—¡Adelante! —responde don José.

Está sentado a su mesa de trabajo, con el teléfono en la mano. Cuando entra Cari, cuelga y se suena ruidosamente con un gran pañuelo.

—Perdone, don José, quería preguntarle si podemos aceptar esta tarjeta de crédito o no. Es un poco rara, no la he visto nunca.

Don José tiene los ojos rojos. Cari está casi segura de que ha llorado... “¿Qué le pasará a don José?”, se pregunta Cari.

—Puede aceptarla, sí. Funciona igual que la Visa, con el mismo recibo, incluso. Dígle al cliente que no hay ningún problema y añádala a nuestra lista de tarjetas.

Cari no se decide a marcharse. Está allí, en pie, en medio del despacho, mirando a don José con ojos tristes:

—¿Quiere algo más, Cari?

—No, no. ¿Y usted, necesita algo, don José? —le pregunta ella.

—No, gracias, Cari. Puede marcharse —contesta secamente.

—¡Qué cruz, Dios mío, qué cruz! —murmura Cari mientras cierra la puerta—. Es el hombre más seco y brusco que he visto en mi vida.

En la recepción hay un momento de calma. Ya se han ido los que se tenían que ir, no hay más llegadas previstas para hoy y la mayoría de los clientes, después de desayunar, se han ido a la playa o al pueblo.

Junto a la piscina, un grupo de alemanes intenta broncearse. Cari los mira con envidia y, cogiendo en brazos a Regaliz, que la mira con cara de hambre, se dirige a la cocina.

—¿Me dais un poco de leche para Regaliz? Está muerto de hambre el pobre.

—Claro, pero este gato ya no tiene edad de tomar solo leche. Yo creo que tendremos que empezar a darle otras cosas —dice Mari Carmen, la ayudanta del cocinero, mientras pone en un platito un poco de pan con leche y un resto de carne picada.

Regaliz se lo come todo en un santiamén<sup>31</sup>.

—¿Qué? ¿Has visto? —dice triunfante, y sigue pelando y lavando kilos y kilos de verduras.

Eneko está removiendo algo misteriosamente, en un gran cacerola.

—¿Qué estás haciendo, Eneko?

–Chipirones<sup>32</sup> en su tinta.

–¡Huy, qué rico! ¿Me explicas cómo lo haces?

–Es un secreto profesional.

–Venga, hombre, dame la receta. No se lo contaré a nadie –bromea Cari.

–Bueno, por ser tú... Para seis u ocho personas, tienes que poner dos kilos de chipirones, los lavas muy bien con agua fresca, les quitas una piel muy fina que tienen por encima y los vacías.

–Eso es lo que me toca hacer a mí, hija, pelarlos, lo más ingrato y lo más sucio –suspira Mari Carmen.

Eneko continúa imperturbable:

–Después, les quitas las bolsas de tinta y las dejas aparte en una tacita. Pones en una mesa de madera todas las patas de los calamares, las aletas y medio kilo de cebolla muy picada, más tres cucharadas de pan rallado y un poco de perejil. Lo picas todo bien, haciendo una pasta. Rellenas cada chipirón con esta pasta, los pasas por harina y los fríes en una sartén con aceite, poco a poco. Luego los dejas escurrir muy bien escurridos, y entonces preparas la salsa. Tienes que freír en aceite otro medio kilo de cebolla picadita con cuatro dientes de ajo picados también y, cuando están transparentes, pasas todo esto por un pasapurés y vas añadiendo la tinta de las bolsitas disuelta en agua. Bueno, entonces pones esta salsa y los chipirones en una cazuela, cubriéndoles con agua suficiente, sal y pimienta. Y nada, cocerlos a fuego lento, si son tiernos, una media hora más o menos, y ya está. ¡Ah!, me olvidaba. Los sirves con arroz blanco y unos triángulos de pan frito. No es difícil.

“Eneko se transforma cuando habla de cocina”, piensa Cari. Mari Carmen también lo mira boquiabierta y esto la fastidia: “¿Por qué no seguirá pelando patatas, como es su obligación?”.

–Le tengo que dar la receta a mi madre, que es muy buena cocinera. En casa, los calamares los comemos siempre fritos, como los chopitos<sup>33</sup>.

–Es que en el sur tenéis la manía de freírlo todo.

–Pues mejor para nosotros. Cada región tiene sus costumbres, ¿no? –dice Cari un poco enfadada. Y luego pregunta para suavizar–: ¿Y qué más vas a hacer hoy?

–Pues eso que ves ahí es bacalao, y aquello que está en la mesa son chuletas de cordero. De primer plato tenemos el gazpacho que está en la

nevera y la ensalada mixta que está preparando Mari Carmen, y hay también melón con jamón... para luchar contra el calor.

—Calor el que paso yo aquí, todo el día en la cocina... —gruñe otra vez Mari Carmen.

—Pues, hija, ¿te ha obligado alguien a venir? Hay mucha gente buscando trabajo, ¿sabes? —salta Cari.

Eneko y Mari Carmen la miran extrañados. Cari no suele ser tan agresiva. Se pone colorada.

—Bueno, me voy. Hasta luego y gracias por la receta.

En ese momento Mari Carmen da un grito:

—¡Mirad lo que está haciendo el gato!

Regaliz está feliz devorando una deliciosa chuleta de cordero, sin el menor complejo.

—¡Creo que está claro que ya no necesita leche! —exclama Mari Carmen.



## Capítulo 5

Algunos días, entre los dos y las cinco, Cari se prepara un bocadillo<sup>34</sup> y un poco de fruta, y se va a comer a la playa y a bañarse. No tiene más que cruzar la carretera y el mundo del trabajo se convierte en un mundo de vacaciones, de sol y de ocio. A las dos hay siempre mucha gente y es difícil encontrar un lugar tranquilo. Al llegar a la zona de arena, se quita los zapatos y deambula de un lado para otro buscando un espacio libre.

Reconoce enseguida a los diferentes grupos de turistas: los españoles son los más fáciles de reconocer, forman grupos más numerosos, suele haber muchos niños y a menudo hay también alguna abuela o abuelo y son los que más ruido hacen. Los italianos también hablan muy fuerte, pero son en general grupos de chicos y chicas jóvenes que hacen camping, y a quienes les gusta sobre todo divertirse. Son los que más se mezclan con los españoles, debe de ser por el parecido de lengua. Hay siempre muchos franceses, pero son generalmente parejas con niños pequeños que han alquilado un piso o se alojan en un hotel. Los ingleses suelen ser en Mojácar residentes de invierno y en verano se les ve poco por la playa, pues vuelven a sus islas. A veces vienen sus hijos y nietos a visitarlos durante las vacaciones, y se les ve en grupos en la playa, pero casi todos tienen piscina en sus casas. Los alemanes, belgas, holandeses y nórdicos son los que más sol quieren llevarse. Llegan sobre las nueve de la mañana, se extienden inmóviles al sol, comen en la playa y se quedan en ella hasta el final de la tarde. Son también los más deportistas: tienen tablas de vela, hacen *surfing* y esquí náutico.

Cari se instala entre una familia madrileña y una pareja alemana. Saca un libro e intenta leer, pero no lo consigue. La familia española habla a gritos, llama a gritos a los niños, que siempre están haciendo cosas prohibidas, comentan los incidentes del día, hablan de los amigos, se cuentan lo que han comido a lo que van a comer. No paran. El contraste con los silenciosos alemanes es enorme. Ella está leyendo un libro y él parece dormir. Están disfrutando del sol y no necesitan hablar. Cari piensa: “Todos tenemos los mismos problemas pero, ¡qué diferentes somos!”. Se acerca un poquito más a los alemanes para estar más tranquila y, justo cuando empieza a leer el primer párrafo del primer

capítulo, oye una voz conocida detrás de ella:

—Buenas tardes, señorita Cari.

No necesita volverse para saber quién es.

—¿Qué tal? ¿Tomando el sol? —pregunta otra vez la voz.

El señor Salzburger sigue tan pálido como el primer día. Lleva un sombrerito de paja en lo alto de la cabeza, gruesas gafas negras, pantalón y camisa de manga larga. No parece preocuparse mucho por el bronceado.

—Quisiera pedirle un favor, señorita. Tengo que ir a Níjar. Ya sabe: Goytisolo y mi libro... Tengo que visitar algunos lugares, aclarar algunas ideas... ¿No podría acompañarme? Me sería tan útil su ayuda...

A Cari le extraña. No entiende en qué podría ayudarle, pero no sabe negarse.

—¿Acompañarle? Bueno, no sé, como trabajo...

—No importa, podemos ir cualquier día, hoy, mañana... Podríamos visitar el pueblo y cenar juntos para comentar algunas cosas, si no ve inconveniente.

—¿Esta tarde? Bueno, pues esta tarde, pero con la fresca, ¿eh?

—¿Quién es la fresca? —pregunta el señor Salzburger sin entender.

Cari se ríe a carcajadas.

—“Con la fresca” quiere decir “cuando haga menos calor”, “cuando haga fresco”, ¿comprende?

—Ah, naturalmente. ¡Qué bella! ¡Qué llena de imágenes está la lengua española...! “Con la fresca”. Esto en mi país no se dice, como siempre hace fresco... Entonces, ¿a las ocho?

—Vale. Justamente termino mi trabajo a las ocho. No conozco Níjar, será un descubrimiento.

—Y yo le preguntaré muchas cosas sobre la lengua de Goytisolo, su visión de Níjar y de sus gentes, será una gran ayuda para mí.

—Pues hasta luego entonces.

Salzburger se aleja con sus libros bajo el brazo y Cari lo mira, gigantesco y extraño, demasiado abrigado para el calor que hace. Sigue pensando que es un hombre muy raro.

A las cuatro y media vuelve al hotel, se ducha y se pone ropa fresca y recién planchada. La tarde se le pasa muy rápidamente, porque hay un gran movimiento de clientes y el teléfono no para. Un poco antes de las ocho, Eneko, con su espectacular traje de cuero negro y el casco y las

llaves en la mano, pasa por delante de ella:

–Hasta luego, Cari. ¿Te queda mucho?

–No, enseguida termino... ¿Te vas?

–Sí, voy a dar una vuelta en moto. La pobre se aburre mucho.

–Pues que te ayude en la cocina, así no se aburrirá y Mari Carmen te lo agradecerá –dice Cari con ironía.

–Lo pensaré. ¡Oye, qué pendientes más bonitos! ¿Son nuevos?

–¡Huy, qué va! Me los regaló mi hermana el día de mi cumpleaños.

Son unos aros rojos, muy grandes, que van muy bien con la piel morena y el pelo negro de Cari.

–Pues estás muy guapa con ellos, Cari, de verdad –comenta Eneko.

Pero ya se aleja hacia su Yamaha, cuyo motor da un salto como el corazón de Cari.

–¡Qué cruz! –murmura. Y en ese momento suena el teléfono.

–Hotel Veramar, buenas tardes.

–¡Por fin! Llevo una semana llamándote y no hay manera de hablar contigo. ¡Vaya recepcionista!

–¡Gabriel! ¿Eres tú? ¿Dónde estás?

–Pues en el cuartel, en una cabina, con una cola terrible esperando. Pero ¿dónde te metes, que nunca estás en el hotel? –pregunta Gabriel un poco enfadado.

–No sé... A veces salgo.

–¡Ah! ¿Y con quién?

–Pues con gente del hotel, amigos...

–Amigos, amigos... ¡Huy, huy!, te encuentro muy rara, Cari. Me parece que tú ya no te acuerdas de mí, que me has olvidado, vaya.

–Nada de eso. Lo que pasa es que al cuartel es imposible llamarte y a tu casa te llamé una vez y...

–Pues yo te he llamado casi todos los días. Esa es la diferencia. Cari, están dando golpes en la puerta, son unos animales. Dime que me quieres por favor, antes de colgar.

–Claro que te quiero Gabriel, te quiero mucho. Pero, dime, ¿cómo te va? ¿Estás contento? ¿Lo soportas bien?

Se oye una carcajada irónica.

–Contentísimo. Esto es un paraíso. ¡*Demasio!*<sup>35</sup>. Un beso, Cari. Escíbeme. ¿Lo prometes?

—Te escribo, te escribo. Un besazo<sup>36</sup>, Gabriel.

Cuelga con mala conciencia. Últimamente ha pensado muy poco en Gabriel. No sabe qué le pasa; no lo echa de menos, como imaginaba. Pero no puede sacar conclusiones, porque aparece Marek Salzburger, muy elegante, con un traje gris y una corbata roja, con su calva brillante y recién lavada y, lo más sorprendente, con guantes negros de piel.

“¡Qué gente más rara son esos extranjeros! ¡Guantes con este calor...!” , piensa Cari.

—Estoy a su disposición, señorita...

—Un momentito nada más. Subo un momento a mi cuarto a recoger el bolso y ya está. Es que no me gusta salir sin documentación ni dinero.

—Está bien. La espero fuera, en el coche.

Y mientras Cari sube las escaleras, ve a Salzburger dejando su llave en el casillero que corresponde a su habitación.

Cari leyó *Campos de Níjar* en clase de Lengua<sup>37</sup>, con aquel profesor barbudo del que todas las chicas de la clase estaban enamoradas. Fue exactamente en COU<sup>38</sup>, cuando tenía dieciocho años. Incluso decidieron hacer un viaje con la clase a Níjar, pero al final nunca fueron. Mientras se van acercando, va recordando las descripciones de Goytisolo. Efectivamente, a pesar de los años que han pasado, es el mismo paisaje: montañas desnudas y oscuras, pitas y chumberas<sup>39</sup> como única vegetación y cielo obstinadamente azul. Han dejado atrás Carboneras, con sus casitas de pescadores y sus barcos de pesca... El Ford avanza ahora hacia el interior y el calor es más seco. Hay pocos coches en la carretera, porque la zona no es turística.

Salzburger habla poco y Cari piensa en su conversación con Gabriel, en su conversación con Eneko, mientras mira las manos de Salzburger, dentro de sus guantes negros, manejando el volante. Son unas manos grandes y misteriosas.

—Anoche soñé con usted, Cari.

“Caramba, es la primera vez que no me llama señorita. ¿Qué le pasará?”, piensa Cari. Pero dice:

—¿Ah, sí? Pues yo nunca sueño. Es una pena.

—Soñé con una isla lejana, llena de pájaros y de flores, y usted y yo en la isla, rodeados de oro...

—¿De oro?

—¡De oro!

—¡Qué sueño más raro!

Cari lo mira de reojo, un poco preocupada. Intenta cambiar de conversación:

—¿Y cuándo piensa terminar su biografía de Goytisolo? ¿Le falta mucho?

—Una biografía nunca se termina. Un biógrafo descubre constantemente nuevos aspectos de su hombre.

—Bueno, pues a lo mejor descubrimos esta noche algo nuevo en Níjar.

La mira con una sonrisa enigmática:

—Seguro que sí, Cari. Seguro que sí.

Han dado un paseo por el pueblo, han visitado el taller de un alfarero<sup>40</sup>, con la típica cerámica de Níjar, y Cari ha comprado un jarrón bellamente decorado para su madre, a quien le encanta la cerámica. Han recorrido el paseo de las luces de neón de que habla Goytisolo en su novela, han buscado inútilmente al niño de los ojos verdes que lo guió hace casi treinta años y, cansados, han entrado a cenar en un pequeño restaurante, casi vacío, en el que piden tapas<sup>41</sup> de jamón serrano<sup>42</sup> y queso, y después *pescaito* frito. Salzburger pide una botella de Rioja tinto, a Cari esta noche no le apetece el vino y pide agua mineral. Salzburger parece contento, seguramente por el vino, y al llegar al postre pregunta a Cari.

—Cari, ¿no cree que los sueños son a veces premonitorios?

Cari empieza a sudar.

—Huy, no. Yo no creo en los sueños. Debe de ser porque yo no sueño nunca. Ya se lo he dicho.

—Pues premonitorio o no, mi decisión está tomada, Cari. Yo la amo, la amo locamente, desde el primer día, cuando llegué a la recepción y me dijo usted con una sonrisa maravillosa: “Tiene usted reservada la habitación número ciento siete, señor Salzburger...” La amo, Cari...

—...

—Cari, dígame, dime que tú también, que... —su cara está a unos centímetros de la de Cari, que tiene miedo, mucho miedo. Se levanta bruscamente:

—Perdone, no me encuentro muy bien. Tengo que ir al servicio.

Se refugia en el servicio y se lava la cara con agua fría. Se mira en el espejo sus enormes ojos asustados: “¿Qué hago? Este hombre está loco...”

Mientras, Salzburger ha sacado un tubo con pastillas de su bolsillo y ha dejado caer una en el vaso de agua de Cari. Pide la cuenta, paga y se pone lentamente sus guantes negros. Cari vuelve, sonriente, pero nerviosa.

—¿Nos vamos? Necesito aire fresco —termina su postre: un helado de fresa, se bebe el vaso de agua y los dos se levantan y salen del restaurante.

—Cari, perdóname si he sido un poco brusco, pero te amo demasiado y he decidido que te vengas conmigo lejos, a mi país, a cualquier sitio...

—Pero ¿cómo que “ha decidido”? ¿Y yo, no decido nada? ¡Yo soy una mujer libre, señor Salzburger, y he decidido volver a Mojácar inmediatamente!

La sonrisa de Salzburger es terrible.

—No, querida mía, no volverás a Mojácar —la coge por un brazo—. En el coche tengo la caja...

—¿Qué caja?

—La caja del hotel. La cogí cuando subiste a buscar el bolso —muestra sus manos negras—. Todos pensarán que eres tú la ladrona, porque tú eres la que tiene la llave. Antes de marcharme, he liquidado la cuenta con tu patrón; además, llevo la maleta en el coche. Nadie sospechará de mí...

Esta vez, Cari se encuentra mal de verdad. Siente un sudor frío por todo el cuerpo y le duele mucho la cabeza. También tiene mucho sueño. Acaban de salir del restaurante y se dirigen inexorablemente hacia el Ford que espera junto a la acera de enfrente. De repente Cari no sabe si tiene una visión o si lo está soñando, porque delante de la puerta de un bar hay una Yamaha... “¡Dios mío! —piensa—. Claro que, como esta, hay miles”. Le pesa la cabeza, el corazón le late enloquecidamente, se encuentra muy mal. Al dar la vuelta, ve la matrícula: “Matrícula de San Sebastián<sup>43</sup>...”, casi grita de alegría.

“¡Es él... Es su moto”, piensa Cari con cierta esperanza. Los dedos de Salzburger le aprietan el codo y le hacen daño... Se acercan al coche cada vez más... Van a pasar por delante del bar y ésa es la última esperanza de Cari... Aunque ve mal, mira dentro del bar; hay muchos hombres, pero no ve a Eneko. “No está Eneko”. Y nota cómo todo se

nubla... Va a caerse, pero en ese momento tiene una idea genial: se quita uno de los bonitos pendientes rojos y disimuladamente lo deja en el sillín de la Yamaha. Salzburger abre la puerta trasera del Ford y Cari cae pesadamente sobre el asiento quedándose inerte.





## Capítulo 6

Eneko ha bebido varios vasos de tinto solo, frente a la barra. Es triste beber solo. Además, este vino no se parece al de su tierra, que es más ligero y menos dulce. Se siente invadido por la nostalgia. Echa de menos el viento del Cantábrico y hasta la lluvia menuda, el sirimiri<sup>44</sup>, que cae también en verano y que crea un ambiente diferente del de aquí. Estos cielos claros y estrellados son bellos, pero no está acostumbrado a este calor, a esta gente, en la calle toda la noche, a estas miradas, a sentirse siempre observado.

Desde una cabina, marca un número de San Sebastián y habla largo rato en euskera<sup>45</sup>. Cuelga el teléfono, con una mirada un poco triste, y se dirige hacia la moto. Consulta el reloj: son las doce y media, tiene que volver a Mojácar, porque como mañana es día de mercado, tiene que madrugar. Saca la llave, abre el candado que cierra la moto y, cuando va a sentarse, algo cae al suelo. Se agacha para cogerlo. “¡Si es un pendiente! ¡Un pendiente de Cari!” No comprende nada... Mira a su alrededor: nadie. Entra al bar: tampoco. Da la vuelta a la plaza: nada. ¡Qué misterio! “¿Por qué este pendiente en el sillín de la moto? ¿Qué ha querido decir Cari con este mensaje?” En una esquina de la plaza, un hombre solitario, inmóvil, que ha estado observando en silencio, le dice:

—Ha sido una chica. Una chica morena, bajita, guapa ella...

Eneko se acerca a él, curioso:

—Pero ¿cuándo?

—Hará diez minutos... Se la veía muy rara a la chica. Iría borracha, seguramente.

—¿Borracha?

—Bueno, borracha o drogada. No sé. Casi se cae. El tío<sup>46</sup> la tuvo que sujetar...

—¿Pero qué tío? ¿Iba con un hombre? ¿Quién podía ser?

—Yo que sé. Un tío alto, calvo, con pinta de extranjero. Pero ella iba muy mal, de verdad. Cayó en el coche como muerta.

A Eneko le empieza a latir el corazón muy fuerte:

—¿Qué coche?

—Un Ford Fiesta azul marino.

Eneko arranca la moto como una tromba y grita:

—¿Hacia dónde ha ido?

—¡Han torcido a la derecha, en dirección a Almería!

Unos segundos más tarde, de Eneko solo queda una nube de polvo.

—¡Jo, cómo anda el turismo! —murmura el hombre—. Van como locos...

Eneko sale de Níjar en dirección a Almería. No respeta el stop, pero afortunadamente no venía nadie ni a la derecha ni a la izquierda. Mete la tercera velocidad, la cuarta, la Yamaha vuela casi cuando mete la quinta. Eneko corta el viento como una espada... Adelanta a dos camiones que transportan fruta, a una roulotte de holandeses, entra en una zona de curvas muy peligrosas donde tiene que limitar la velocidad y mete la tercera. De nuevo en una recta. Hay dos turismos de Almería a los que adelanta también y entra en la sierra. La carretera es cada vez más accidentada y un Renault 4, conducido por un abuelo tranquilo y prudente, que va a treinta por hora, le impide el adelantamiento.

Eneko se desespera. “Los viejos no deberían tener carné”, piensa, cada vez más nervioso. Por fin, lo adelanta entre dos curvas, no sin peligro, pues enfrente viene a toda velocidad un Mercedes con todas las luces dadas. Justo en ese momento los ve. “¡Son ellos, son ellos!”, grita. Vuelve a meter la cuarta, la quinta... Eneko corre jugándose la vida<sup>47</sup>. “Tengo que ser prudente —piensa—. Si me ve, estoy perdido, nunca conseguiré alcanzarlos”. Disminuye la velocidad y deja una distancia prudencial entre el Ford y la moto. La carretera va ahora bajando hacia el mar y el turismo coge una terrible velocidad en la cuesta abajo, pero van a atravesar un pueblecito y tiene que frenar. Eneko frena también. Hay una gasolinera a la entrada del pueblo y, de repente, el Ford se desvía y entra en ella. “¡Pero, bueno, no es posible tener tanta suerte! —piensa Eneko—. Esta imprudencia te perderá, Salzburger.” Y acelera, para entrar a todo gas en la gasolinera, echándose encima del hombre de los guantes negros que abre en ese momento la portezuela.

—¡Bandido! ¡Secuestrador! ¡Sádico! ¿Dónde está Cari?

Mientras le retuerce un brazo, ve a Cari en el asiento trasero, inerte, como muerta. El empleado de la gasolinera y el chófer de un camión se acercan, curiosos y alarmados. Salzburger, que es muy fuerte, coge a Eneko por el cuello y lo aprieta, lo aprieta... Entonces el muchacho introduce su brazo derecho por la ventanilla, coge el paquete con el jarrón de cerámica de Níjar que está encima de un asiento y golpea con toda su fuerza el cráneo de Salzburger, que cae pesadamente al suelo,

con todos los pedazos de cerámica alrededor de su cuerpo. Los dos hombres, que ya están junto a ellos, gritan:

–Pero, ¿qué haces, estás loco?

–¿Loco? ¡Miren ahí dentro! –y señala a Cari, inmóvil–. Ha raptado a esta chica, el loco es él, un sádico, un obseso sexual. Hay que llamar inmediatamente a la Policía.

El empleado de la gasolinera corre hacia el teléfono. Mientras tanto, Eneko, con ayuda del chófer, saca a Cari del Ford. La acuestan en el suelo, le echan agua fría en la cara, le toman el pulso: “Está viva, respira”. Cari abre por fin los ojos y ve los ojos verdes de Eneko muy cerca de los suyos. “No es posible. Yo nunca sueño. Lo he dicho esta misma tarde. Los sueños no existen”, y cierra otra vez los ojos, muy triste.

–No es un sueño, Cari, bonita. Soy yo, Eneko.

Ya ha pasado todo. ¿Me oyes? La Policía va a venir a buscar a Salzburger. Todo acabó.

“*Cari, bonita... Cari, bonita*. Me ha dicho *Cari, bonita*. ¿De verdad que no estoy soñando?”, pero llora de felicidad.

Se oye una sirena y aparecen dos motos de la Policía. Los policías interrogan a Eneko y a Cari. “Tendrán que venir con nosotros al cuartelillo<sup>48</sup>”, les dicen. Cuando llega una ambulancia para recoger a Salzburger, ya hay un grupo de curiosos haciendo comentarios. En ese momento es cuando Cari ve los pedazos de su maravilloso jarrón, irrecuperable:

–¡Dios mío! ¡El regalo para mi madre!

–He sido yo, Cari, no he podido encontrar otro sistema... Perdóname.

–Pero ¡qué cruz, Señor, qué cruz! –murmura Cari, mientras monta, bien abrazada a Eneko, en la Yamaha de sus sueños, que, por fin, están a punto de ser realidad.



## Notas explicativas

**<sup>1</sup>Dos caballos.** Modelo de coche de la marca Citroën muy popular en Europa desde la década de los años cincuenta hasta finales de los años ochenta. Dejó de fabricarse en 1990.

**<sup>2</sup>Cari.** Diminutivo del nombre *Caridad*. Como en otros países, en España es habitual acortar los nombres de las personas en el entorno familiar y entre amigos.

**<sup>3</sup>La general.** Una de las categorías de carreteras estatales españolas son las llamadas *generales*. Son anchas y permiten circular a mayor velocidad que las comarcales.

**<sup>4</sup>Jumilla.** Comarca de productora de vinos de la región de Murcia.

**<sup>5</sup>** La tasa de alcohol en sangre permitida para poder conducir es hoy mucho menor que hace 20 años.

**<sup>6</sup>Mili.** Diminutivo coloquial de *servicio militar*. En España fue obligatorio para los hombres hasta el año 2002.

**<sup>7</sup>Ligar.** En lenguaje coloquial, establecer un contacto con alguien con el objetivo de tener una relación sexual y/o afectiva. “Un ligue” es la persona con quien se ha establecido dicha relación.

**<sup>8</sup>Tutear.** Hablar de tú. El tuteo ha ido ganando terreno en España en detrimento del uso de “usted”, cada vez más retringido.

**<sup>9</sup>Jarapa.** Variedad de textil típica de la región de Níjar (Almería). Tiras muy finas de tejido de algodón que se unen para formar un nuevo tejido, liso o multicolor.

**<sup>10</sup>Nada del otro mundo.** Significa “nada extraordinario.”

**<sup>11</sup>Paro (estar en el).** Estar en situación de desempleo. Una persona que está en el paro es un *parado* o una *parada*.

**<sup>12</sup>Franco.** Francisco Franco fue el dictador que gobernó en España después de la Guerra Civil, entre los años 1939 y 1975.

**<sup>13</sup>Pasta.** En la lengua coloquial, dinero.

**<sup>14</sup>Mano sobre mano (estar).** Expresión que significa “estar ociosos, no hacer nada”.

**<sup>15</sup>Esparto.** Planta de países esteparios, cuyas hojas secas y duras, se utilizan para cordelería y suelas de alpargatas. En el sureste de España es muy frecuente encontrar productos artesanos fabricados con esparto, y

en la zona mediterránea se utilizan las alpargatas, zapatos de faena cuya suela es de este material.

**16Pegatina.** Trozo de papel plastificado autoadhesivo que se utiliza, entre otras cosas, para hacer publicidad o anunciar algo.

**17Qué cruz.** Expresión coloquial o muletilla que se utiliza cuando se debe soportar el peso excesivo de una desgracia. Su origen está en la cruz de Cristo camino del Calvario.

**18País Vasco.** Una de las diecisiete comunidades autónomas que constituyen el Estado español, situada en el norte de España. Tiene una lengua propia, el euskera.

**19De reajo.** Mirar, disimuladamente, por el rabillo del ojo.

**20** Esta situación refleja los problemas de incomprensión que se producen, a veces, debido al uso de las lenguas peninsulares distintas al castellano (catalán, euskera y gallego).

**21Regaliz.** Pasta dulce de color negro que suelen comer los niños y que se extrae de la planta aromática del mismo nombre.

**22Pescaíto frito.** Plato típico andaluz que se elabora friendo pescaditos pequeños en aceite. Los hablantes andaluces no suelen pronunciar la d de la palabra *pescadito*, por lo que su pronunciación se ha popularizado de esta manera en todo el país.

**23Gazpacho.** Plato andaluz, que consiste en una sopa muy fría a base de tomate fresco, pepinos, ajo, aceite y vinagre.

**24El qué dirán.** Expresión que se usa para referirse a la opinión que los demás pueden formarse sobre algo o alguien basándose en observaciones superficiales.

**25A quien madruga, Dios le ayuda.** Refrán que ensalza el hecho de levantarse temprano (madrugar) y afirma que las cosas le salen bien al que lo practica.

**26Juan Goytisolo.** Escritor español nacido en 1931. Su obra *Campos de Níjar* es un libro de viajes sobre la región de Almería.

**27El País.** Uno de los periódicos de mayor tirada de España.

**28A pies juntillas.** Expresión que se usa para decir que alguien cree algo sin dudarlo y en todos sus detalles.

**29Hacerse la boca agua.** Expresión que se refiere a la sensación de placer provocada por la descripción o la observación de alguna comida

apetecible.

**<sup>30</sup>** El 24 de diciembre es, en el calendario cristiano, la fecha del Nacimiento de Cristo (el Niño Jesús).

**<sup>31</sup>** **En un santiamén.** Expresión de origen religioso que significa “rápidamente”, “a toda velocidad”.

**<sup>32</sup>** **Chipirones.** Calamares pequeños. La sustancia que se emplea para elaborar la salsa del plato que se describe es su propia tinta.

**<sup>33</sup>** **Chopitos.** Calamares muy pequeños que se comen fritos en aceite. Es, también, un plato típico andaluz.

**<sup>34</sup>** **Bocadillo.** Pan que contiene en su interior jamón, queso, etc.

**<sup>35</sup>** **Demasiaio.** En el español oral es frecuente la caída de la *d* en las terminaciones en *-ado*.

**<sup>36</sup>** **Besazo.** Los diminutivos y aumentativos sirven, a menudo, para añadir una carga afectiva a las expresiones, como en este caso.

**<sup>37</sup>** **Lengua.** En el sistema escolar español, la clase de Lengua es la dedicada al estudio de la lengua española y se basa, a menudo, en textos literarios.

**<sup>38</sup>** **COU.** Abreviatura de *Curso de Orientación Universitaria*. Equivale al actual Segundo de Bachillerato.

**<sup>39</sup>** **Pitas y chumberas.** Plantas de familia de los cactus, típicas de países secos y cálidos. La chumbera da un fruto comestible: el higo chumbo o tuna.

**<sup>40</sup>** **Alfarero.** Artesano que trabaja la arcilla para hacer con ella vasijas y recipientes, funcionales o decorativos.

**<sup>41</sup>** **Tapas.** En los bares españoles pueden pedirse pequeñas raciones de comida para acompañar a las bebidas, principalmente a la hora del aperitivo. Las tapas suelen tomarse de pie, en las barras de los bares.

**<sup>42</sup>** **Jamón serrano.** Jamón de cerdo crudo, curado, originariamente, en las sierras del sur de España para aprovechar las condiciones climatológicas de estas zonas.

**<sup>43</sup>** Antiguamente, las matrículas de los coches españoles llevaban un código con las iniciales de la provincia de origen del coche.

**<sup>44</sup>** **Sirimiri.** Nombre que se da a la lluvia fina y persistente, muy frecuente en el País Vasco.

**<sup>45</sup>** **Euskera.** Lengua de origen incierto que se habla en el País Vasco

(Euskadi), además del castellano.

<sup>46</sup>**Tío**. En lenguaje coloquial, es sinónimo de “persona” o “tipo”.

<sup>47</sup>**Jugándose la vida**. Expresión que significa “actuar poniendo la propia vida en peligro”.

<sup>48</sup>**Cuartelillo**. Diminutivo de *cuartel*; se refiere a los de la Guardia Civil. En todas las localidades españolas donde no tiene sede la Policía Nacional, la Guardia Civil ostenta la autoridad.



# **¿HAS COMPRENDIDO BIEN?**

## **Capítulo 1**

1. ¿Cómo es el paisaje por el que pasan Gabriel y Cari?  
¿Puedes describirlo?
2. ¿Por qué está triste Gabriel? ¿Cuáles son sus relaciones con Cari?
3. ¿Cómo te imaginas Mojácar?
4. ¿En qué estación se desarrolla la acción? ¿En qué se nota?
5. ¿Por qué coge Cari el volante al salir del bar?
6. ¿Qué va a hacer Cari en Mojácar?
7. ¿Cómo es el dueño del hotel? Descríbelo.
8. ¿Qué piensa Cari de Paco, el empleado del hotel?
9. ¿Puedes hablar del horario de Cari? ¿Qué te parece?
10. Describe la habitación de Cari.

## **Capítulo 2**

11. ¿Cuáles son las primeras acciones de Cari en su primera mañana en el hotel?
12. ¿Te parece simpática doña Rosa? ¿Por qué?  
¿Qué cualidades o defectos tiene?
13. ¿Quién es Regaliz? ¿Cómo ha aparecido en el hotel Veramar?  
¿Te gustan los gatos?
14. ¿Te parece justa o injusta la actitud de Cari con la clienta del perro? ¿Y la reacción de esta?

15. ¿Cómo transcurre el primer encuentro entre Cari y Eneko? ¿Te parece un clima de confianza y simpatía?

### Capítulo 3

16. Explica cómo ha pasado Cari la noche anterior en Mojácar.  
17. ¿Tiene Cari algún complejo? ¿Te parece normal?  
18. ¿Qué desayuna Cari? ¿Es lo mismo que desayunas tú?  
19. ¿Qué hace el señor Salzburger en Mojácar?  
20. ¿Por qué encuentra Cari que Salzburger habla de una manera rara?  
21. ¿Qué es lo que más le gusta a Cari del periódico? ¿Y a ti?  
22. ¿Por qué se interesa tanto Cari por el signo de Capricornio?  
23. ¿De qué signo eres tú? ¿Sabes qué características tiene tu signo?  
24. ¿Por qué ha empezado mal la semana para Cari?  
25. ¿Qué observa Cari mientras está en la playa? ¿Estás de acuerdo con ella?

### Capítulo 4

26. ¿Qué problemas de alimentación presenta Regaliz?  
27. ¿Hay problemas entre Cari, Eneko y Mari Carmen?  
28. ¿Qué le reprocha Gabriel a Cari por teléfono?

### Capítulo 5

29. ¿Qué elementos extraños observas en el comportamiento de Salzburger?  
30. ¿Con qué fin deja Cari un pendiente en el sillín de la moto de Eneko?

## Capítulo 6

31. ¿Qué le cuenta a Eneko el hombre solitario?
32. ¿Por qué parece estar muerta Cari?
33. ¿Cómo consigue Eneko inmovilizar a Salzburger?
34. ¿Qué pretendía Salzburger?
35. ¿Crees que termina aquí esta historia o que continúa?
36. ¿Puedes imaginar una posible continuación?

## **Otros títulos relacionados**

### **NIVEL A1-A2**

Pero se casan con las morenas

### **NIVEL A2**

Moros y cristianos

Más se perdió en Cuba

### **NIVEL B1**

Ladrón de guante negro

Doce rosas para Rosa

# Créditos

**Serie** Hotel Veramar

**Título** Ladrón de guante negro

**Autora** Dolores Soler-Espiauba

**Diseño de la colección** Ángel Viola

**Ilustraciones** Julio Cebrián

© Dolores Soler-Espiauba y Difusión, S.L. 1989

**Conversión a formato digital:** Reverté-Aguilar

**ISBN:** 978-84-15620-33-4

[www.difusion.com](http://www.difusion.com)